

“Para que lo demás no vayan tan lejos”. Propuestas infantiles para la reurbanización de una villa en la Ciudad de Buenos Aires.

1. Introducción

En esta ponencia nos proponemos analizar los modos en que un grupo de niños que viven en la villa 31 de Retiro en la Ciudad de Buenos Aires, a partir de habitar y disputar los espacios públicos del barrio, generan una serie de propuestas de transformación urbana para el mismo. Es decir, por su inmersión cotidiana en estos espacios de la villa, y las tensiones que emergen en el encuentro con otros sujetos en los usos de los espacios, los niños construyen opiniones y deseos respecto de su barrio y cómo les gustaría que fuera.

La 31 es uno de los asentamientos populares más viejos de la Ciudad de Buenos Aires, y es uno de los pocos que se encuentra en la zona norte de la trama porteña (junto con el Playón de Fraga y la Rodrigo Bueno). El barrio encuentra sus límites en un laberinto de autopistas y ferrocarriles: al suroeste los trenes Mitre, San Martín y Belgrano y sus vías, que acompañan el crecimiento del barrio hacia el noroeste, paralelo al río. Hacia el este, el río de la Plata y la zona portuaria de la Ciudad y un poco antes, el llamado Paseo del Bajo, que conecta la zona sur de CABA con su zona norte. Hacia el sureste el barrio se choca con la terminal de Retiro, que se transformó en uno de los accesos a la villa.

La 31 está en constante transformación y expansión, una “ciudad espontánea (...) siempre creciendo en distintas direcciones” (Chait, 2019: 10). En el año 2016 la sanción de la ley que disponía la reurbanización de la villa 31 (Ons, 2018) sumó otra dimensión a esas mutaciones, la 31 fue un barrio en obra constante. El proceso de reurbanización del barrio, que es una de las demandas más fuertes de las organizaciones sociales y territoriales que allí trabajan, trajo una serie de debates y conflictos acerca de la participación de los vecinos, en función de que la mejora de las condiciones habitacionales no derivara en una gentrificación encubierta aumento del valor inmobiliario del suelo sobre el que está parada la villa.

En la Ciudad de Buenos Aires a lo largo de los últimos años el derecho a la ciudad ha sido cada vez más reducido a pocos sectores sociales, excluyendo a la gran mayoría de quienes habitan el suelo porteño, en un proceso de mercantilización y neoliberalización del espacio producto de las políticas del GCBA que impacta en los modos en los que los sujetos se vinculan con el espacio urbano (Girola y Thomasz, 2013; Marcús, 2014). Así, no sólo asistimos a la convivencia de múltiples ciudades diferentes dentro de una, producto de un proceso de segregación continua en CABA que determina quién merece la ciudad (Canelo, 2016).

La niñez, como otras categorías etarias, es el producto de una construcción sociohistórica que a su vez también se ve atravesada por diversas latitudes, resultando en que ser niño no es igual en diferentes momentos históricos o en diferentes regiones geográficas (Szulc, 2006; Colangelo,

2003). Así, pensar en torno a la niñez en tanto momento de la vida implica pensar las diversas narrativas acerca de ser niño en intersección con las múltiples experiencias de los propios niños (Liebel, 2016). Al mismo tiempo, la niñez se encuentra atravesada por diversos ejes de desigualdad que resultan constitutivos de las experiencias infantiles de vida: el adultocentrismo, el patriarcado, el colonialismo y el capitalismo -entre otros- conforman sistemas que estructuran desigualdades y jerarquías entre sujetos sociales. Entre ellos, la niñez está particularmente construida desde el adultocentrismo en tanto sistema de jerarquía de los adultos por sobre los niños y los adultos mayores (Duarte Quapper, 2012). Así, la infancia se construye como un momento de la vida pensado desde la carencia y la incompletitud, como en un estado de formación permanente para aquello que llegue en la adultez. De este modo, a los niños históricamente se les ha tutelado y separado de espacios de participación política y debate social, aun cuando en la Convención Internacional de los Derechos del Niño (CIDN) la participación está enunciada como un derecho de la infancia (Batallán y Campanini, 2008)

Así, podríamos decir que los niños han sido frecuentemente considerados ciudadanos en formación más que ciudadanos plenos, y a la hora de considerar sus formas de involucramiento en la planificación urbana, esto deriva en que salvo por algunos programas no han sido tenidos en cuenta. Sin embargo, los niños efectivamente dicen cosas y construyen saberes y opiniones acerca de los territorios en los que viven, y esto incluye las ciudades, los barrios y calles que recorren y habitan (Rabello de Castro, 2007; Shabel, 2018).

2. Metodología

Retomamos el método etnográfico como perspectiva teórica y metodológica para abordar el estudio de la realidad social, dado que la mirada de la vida cotidiana que propone permite conocer la densidad de las prácticas sociales, los sentidos y relaciones que los sujetos establecen en el territorio (Rockwell, 2009). La etnografía implica un esfuerzo por captar la mirada de los sujetos con los que trabajamos y a partir de esas perspectivas locales, construir un diálogo con categorías teóricas que sirvan para pensar la realidad social (Colangelo, 2003; Zenobi, 2012).

La sanción de la CIDN implicó una transformación en la mirada que la sociedad tenía sobre la infancia, y los niños adquirieron así un renovado protagonismo, desde una perspectiva de derechos, en la política pública y los debates sociales. Esto conllevó a su vez un impacto en los modos en los que las ciencias sociales pensaban a la niñez, volviendo la mirada hacia las prácticas infantiles, y pensando a los niños como sujetos que construyen conocimientos válidos para la investigación, participando también de las mismas (Milstein, 2006; Garcia Palacios y Hecht, 2009; Isacovich y Grinberg, 2020).

La investigación de la que se desprende esta ponencia fue realizada durante los años 2019 y 2020 en con niños que participan de AulaVereda, una organización comunitaria que funciona en

la Villa 31, y que lleva adelante un proyecto pedagógico de educación popular. Si bien la investigación no se enmarcó en los límites de esa organización y el foco no estuvo puesto en las prácticas pedagógicas o comunitarias que en ella se desarrollaban, sí se vio constantemente mediada por la misma. El acceso al campo fue habilitado por los educadores de la organización, y durante mis idas al barrio, me involucré en las actividades, ayudando con diversas cosas y relacionándome también con los adultos además de con los niños.

Realicé trabajo de campo con un grupo variable de niños de entre 11 y 15 años, realizando registros etnográficos de sus prácticas en el espacio público del barrio, entrevistas formales y grabadas cuando me lo habilitaban los niños, y mantuve múltiples conversaciones con ellos, en las que también intercambiamos sobre diversos temas. Fue a partir de la lectura de ese corpus de registros y entrevistas que construí el análisis que sigue a continuación, el cual para fines prácticos está separado en dos grandes ejes: disputas barriales y disputas ciudadanas. En cada uno abordamos diversas tensiones y propuestas en torno al barrio que construyen los niños a partir de sus modos de habitarlo y moverse. Sin embargo, resulta importante aclarar de antemano que son dos ejes que no sólo dialogan entre sí, sino que en el campo son indivisibles e inseparables, constituyendo de forma yuxtapuesta las experiencias urbanas de los niños.

3. “Haría desaparecer todos los autos”. Disputas barriales.

Una de las formas predilectas que tienen los niños de habitar los espacios públicos del barrio es estar en grupo en la calle o en diferentes lugares, llevando adelante diversas actividades lúdicas. Esta última es una práctica que ejercen los niños, pero también los adultos, y las calles del barrio suelen ser el lugar elegido para conversar y para pasar el rato. Muchos locales a la calle tienen mesas y sillas, que son aprovechadas por los vecinos para sentarse, y sino también sacan las propias a las puertas de sus casas, y un sábado por la tarde las calles se llenan de personas pasando el rato, además de aquellas que van de un lugar a otro. Estar afuera, ocupar la calle, forma parte de una práctica aprendida en el barrio, que los niños construyen en relación con los adultos con quienes se vinculan. Sin embargo, otra de las formas privilegiadas que tienen los niños de estar en el espacio es jugando, habitando las calles con esa forma lúdica que dispone los cuerpos en el espacio de un modo particular, y muchas veces disruptivo para con las otras actividades.

Los niños muchas veces juegan en espacios que no están destinados para jugar (como podría ser alguna plaza del barrio o alguna cancha). De este modo, dependiendo de qué espacio se trate, los comparten con diversos sujetos. Bauti, Paola, Violeta y Graciela, algunos de los niños con que realicé esta investigación, solían jugar y estar en el pasillo donde viven (Bauti y Violeta son hermanos, y viven a una casa de Paola y Graciela, quienes viven una arriba de la otra) y también sobre una de las calles principales del barrio, sobre la que se encuentra el local de AulaVereda. Cuando se encuentran en el pasillo, ya sea para jugar o para charlar, suelen tenerlo

todo para ellos porque sólo lo transitan personas, dado que es muy estrecho (entran apenas dos personas una al lado de la otra). Pero cuando están sobre la calle, el uso del espacio es compartido no sólo con otros transeúntes, sino también con bicicletas, motos y autos.

Son las 17hs, y mucho tránsito personas yendo y viniendo por la calle, sobre todo grupitos, algún adulto con varios niños o niños solos caminando. Pienso que quizás están yendo a comprar a la feria, o están yendo a la salida del barrio para ir hacia algún lugar. A esa hora el sol pega de lleno en la calle, y me siento apabullada entre el sol, el ruido de las personas que charlan y se saludan, son muchos estímulos. Al lado de la Casa de Clelia hay un local que vende comida, y tiene unos bancos altos con una mesa afuera y siempre hay gente (sobre todo varones adultos) ahí charlando, que se saluda con personas que pasan, gritándose a la distancia.

Hay un grupo de niños de AV Villa 31 que están corriendo por la calle y en el quincho de la parroquia Caacupé, y de a ratos también entran a la Casa de Clelia, pegan una vuelta y vuelven a salir. Los niños -son siete- no se fueron a sus casas una vez terminadas las actividades y se pusieron a jugar a la mancha, sobre todo agitada por Bauti (12) que corre de un lado al otro de la calle. No terminé de entender quién es la mancha, porque todos corren para todos lados, y veo que está viniendo un auto de la derecha, del lado del Playón. Viene lento, y además ya pasaron otros, y vienen pasando sobre todo motos que no frenan, sino que esquivan a las personas. Por las dudas, Ema (25), que venía mirando la situación mientras conversábamos, les grita:

Ema: ¡Cuidado chicos que viene un auto!

Los niños se corren hacia los costados de la calle (tres de un lado, con nosotras en la puerta de la Casa de Clelia, y otros cuatro del otro en el quincho de la Caacupé) para que pase, y después vuelven a correr por todos lados. Es una situación dentro de todo usual, y de hecho mientras lo veo pasar, me acuerdo de otras veces que los niños también se corrieron incluso sin la necesidad de que alguien les diga.

(Registro, septiembre 2019)

Los autos transitan por las calles más anchas de un lado a otro —a poca velocidad, porque hay gente por todos lados—, e interrumpen los juegos de los niños, ya que cuando pasan tienen que correrse hacia los costados de las calles. Lo mismo sucede con las bicicletas y los vecinos de a pie, que deben correrse a los costados de las calles cuando va a pasar un auto o quedarse en el lugar hasta que pase, sobre todo cuando se encuentran dos autos que van en sentido contrario, lo cual es bastante común porque las calles no tienen sentido único, y tienen que maniobrar para poder avanzar ambos. Por lo general, lo que pasa es que uno de los dos frena

para que pase el otro y luego sigue, pero también suele pasar que tenga que ir en marcha atrás unos metros para dejar lugar.

La mayoría de los autos estacionan a los costados de las calles, dado que por lo que pudimos registrar en nuestras idas al campo, no hay estacionamientos y esto hace que haya menos lugar aún para los que están en movimiento, y cuando se encuentran dos autos que van en sentidos contrarios en un lugar donde hay también autos estacionados queda poco lugar para cualquier otra cosa ocupando espacio de las calles (ya sean motos, bicis, o personas), además de que deben hacer muchas maniobras para poder pasar. El espacio en la 31 es escaso, las calles, sobre todo las arterias principales del barrio (las que salen de la feria hacia el fondo, desde las cuales se puede ingresar luego a los diferentes pasillos) parecen ser una suerte de Tetris en donde hay que ir encajando las piezas para que todo entre. En esas calles arteriales, a todos esos elementos se le suman puestos de comida, de elementos de limpieza, de ropa, o de otros productos, que también están sobre la calle y acotan el espacio.

El barrio creció mucho en términos poblacionales en los últimos años, y aumentó mucho la cantidad de habitantes sin que esto haya significado una inversión en infraestructura que implique la existencia de condiciones habitacionales dignas para esa cantidad de gente (Censo de Hogares y Población, Villa 31 y 31bis, 2009), por lo que lo que también aumentó fue el nivel de hacinamiento, que se expresa no sólo en los hogares, sino también en el espacio público.

Es jueves, a las 17hs. Entramos al barrio después de encontrarnos en el Puente 5 de Retiro. Somos Maia (28), Ezequiel (29) y yo nomás, porque hoy y hay taller de teatro y son ellos dos los educadores. Atravesamos la feria, que, si bien no está igual de concurrida que los sábados al mediodía, sigue teniendo mucho flujo de personas y autos. Por la calle de la feria es de donde salen unas seis o siete calles que se adentran en el barrio, entonces es uno de los accesos más fáciles para llegar en auto al interior del barrio. Desde la feria hasta el Playón, es un continuum de negocios y locales a la calle que venden diferentes tipos de cosas.

En la feria hay puestos (que ahora son del GCBA) que venden sobre todo ropa. Están dispuestos en dos hileras, con dos puestos por hilera, mirando para lados contrarios. En el medio de la feria, hay una plaza seca circular con algunos juegos, que es obra también del GCBA, y ahí hay niños jugando y corriendo todo por alrededor, aunque no se meten por los puestos. Al lado de esa doble hilera, hay un espacio por donde pasan los autos –doble mano–, y después de eso, hay una barrera de construcciones del barrio, casas que en la planta baja tienen locales de diferentes cosas: bazar, limpieza, juegos y juguetes. También hay peluquerías, y locales gastronómicos. La mayoría de los locales a la calle no se reducen sólo al interior de estos, sino que usan la vereda para sacar productos y que estén más visibles. De todo hay en cantidad, como si el stock estuviera ahí afuera

(pienso que puede ser efectivamente así). Los locales de comida sacan mesas para que se sienten las personas, e incluso también están aquellos que tienen la parrilla afuera, la comida haciéndose frente a todos. Es una locura de olores.

En el medio de eso, entre la feria, los autos y los locales a la calle, pasan las personas, acompañadas por bicis, perros, y la eventual moto que lleva garrafas a las casas. Cuando doblamos por Inmigrantes ya no está más la feria del GCBA, pero es reemplazada por puestos que también están sobre la calle con diferentes cosas (más elementos de limpieza, verdulerías, legumbres en bolsas gigantes, cosas de baño, pescado) y siguen estando los locales a puertas abiertas con parrillas y comida haciéndose en el momento. Las personas van caminando, algunas más rápido y otras más lento, mirando las cosas que hay para comprar. Es más fácil ir lento, y te vas dejando llevar por la marea de personas. Hay niños también que van y vienen, algunos acompañados por adultos y otros que no, algunos en grupo y otros solos. Muchas tienen el uniforme del cole.

(Registro, junio 2019)

Escenas como las que relatamos más arriba, en las que los niños dejan de jugar para que puedan pasar los autos, con la amenaza constante de que pueda ocurrir en cualquier momento (sobre todo por las tardes, que es cuando ellos más habitan las calles), se repiten cotidianamente. La posibilidad de que tenga que pasar un auto existe a lo largo de todo el momento de juego, por lo que los niños (o los adultos que los acompañan) tienen que estar atentos constantemente. Así, algunas de las formas de habitar el barrio de los niños entran en tensión con otras que también se despliegan en el territorio.

En este sentido, las prácticas de los niños, si bien no son las únicas que lo hacen, forman parte de la organización de las dinámicas del barrio. Es decir, para los niños, como veremos, la presencia de autos resulta problemática y se tensiona con su forma de habitar el espacio, pero ellos para los autos y las motos también construyen esa tensión. La presencia de los niños allí en la calle –junto con la presencia de los otros vecinos, y los otros factores ya mencionados– implica que tienen que manejar más despacio, y prestar atención a lo que sucede. Los autos, en el barrio, conviven con las lógicas del caminar y del estar en la calle por parte de los vecinos. Las acciones de los niños inscriben así en una trama social del barrio marcada por relaciones sociales de poder intergeneracionales, dentro de las cuales ellos se mueven, como plantea Szulc (2019: 61) “los niños comparten sus mundos con diferentes adultos, aunque no en condiciones de igualdad”. De este modo, los niños son sujetos activos que participan de la organización social en la que están insertos (Szulc y Enriz, 2016).

Entonces, en el barrio se construyen lógicas de movilidad y de habitar, ciertas dinámicas que todos comparten, como que las personas caminan por los costados de las calles y los autos van por el medio, o que cuando dos autos se encuentran y tienen que maniobrar para que ambos

avances, quienes van caminando frenan para que les resulte más fácil. La escena de los niños moviéndose hacia los costados de las calles cuando va a pasar un auto, suspendiendo unos segundos el momento de juego, forma parte de esas lógicas, como también el hecho de que los autos vayan lento.

Estas tensiones se vieron explicitadas varias veces, charlando con los niños acerca de qué cosas les gustaban y cuáles no del barrio, y en torno a eso, qué cosas les gustaría cambiar del mismo si pudieran. Conversando con Bauti las cosas que mencionó que le gustaría cambiar estuvieron referidas a ciertos elementos vinculados a construir mejores formas de habitar el espacio para las personas que transitan caminando el barrio. Podemos pensar que las propuestas de transformaciones que se le ocurrían provenían de su propia experiencia de utilización del espacio barrial.

Bauti (13): “Le pondría semáforos para que frenen los autos, y haría de esas rayas blancas en la calle. Pondría barandas en las calles, entonces los autos van por el medio”

Hebe: “¿Y pondrías en todo el barrio, solo en algunos lugares, como sería?”

Bauti: “No, solo en algunos lugares...” Salimos de adentro del local de La Casa de Clelia, donde estábamos charlando, a Inmigrantes. Ahí, Bauti cruza la calle, y nos paramos al lado de la Parroquia, casi al final de ese tramo de la calle, en donde es más angosta, antes de que se abra hacia un espacio amplio y se haga más ancha. “Pondría barandas acá”, y marca con la mano una línea. “y también allá” y señala la vereda de enfrente, “y por allá”, dice, de forma un poco más vaga, apuntando hacia donde Inmigrantes se hace más ancha.

(Registro, noviembre 2020)

La respuesta de Bauti llamó nuestra atención porque trae una serie de propuestas concretas de transformación del barrio que están vinculadas casi directamente con el conflicto constante con los autos, y giran en torno a formas en las que este se veía en parte solucionado modificando ciertas cosas, como las sendas peatonales o poner barandas. Si bien en esa conversación Bauti no dijo que deseaba que hubiera semáforos y sendas peatonales porque así sería más fácil jugar, podemos pensar que la especificidad del deseo de regular de algún modo el tránsito en el barrio está relacionado con el uso que él le da, muy vinculado a las prácticas lúdicas y los juegos. Al mismo tiempo, ante la pregunta de si lo haría en todo el barrio o en algunos lugares, responde que solo en algunos lugares, y de hecho en ese momento me mostró donde sería, sumando a la idea de que se trata de propuestas que surgen de su experiencia concreta en el barrio, los modos en que él lo habita y los usos que le da, y que están vinculadas a una materialidad muy clara y cotidiana.

Bauti no fue el único que centró sus respuestas sobre lo que cambiaría del barrio en formas de convivir mejor con los autos, sino que Paola, de 12 años, también habló de ellos como un problema con el que lidiar. Lo hizo, de hecho, de forma aún más explícita que Bauti, y un poco más radical, también.

Hebe: “Y si pudieras cambiar cosas del barrio, lo que quieras, ¿qué cosas le cambiarías? ¿Le sacarías algo, le agregarías algo?”

Paola (12): “Sacaría los autos. Porque molestan mucho y cuando alguien quiere jugar o algo... Mira. Yo me choco con un auto porque estoy haciendo algo, patinando o algo, no puedo frenar, me choco con el auto y después el que vive ahí se queja. Por eso, no puedo. Yo quiero sacar los autos y ponerlos en un lugar a donde se estacionan autos. ¿Entendés?”

(Registro, noviembre 2020)

Allí donde Bauti propone encontrar algún modo de convivir autos con peatones (en donde quizá también se vean afectadas las prácticas lúdicas de los niños, ya que son estrategias que impactan en ambos actores), Paola propone lisa y llanamente la desaparición del auto de las calles del barrio, y ponerlos en “un lugar a dónde se estacionan autos”. Es decir, parte de la noción explícita de que los autos son una molestia, al menos para ella, y lo vincula a la interrupción del juego, o incluso a cierta peligrosidad (“me choco con el auto”). Retomamos la noción de experiencia formativa (Padawer y Enriz, 2009) en función de reflexionar en torno a los modos en que las experiencias urbanas infantiles en el barrio configuran sus deseos de transformar algunas de estas cosas allí. Por medio de sus experiencias en el espacio público es que construyen sentidos sobre este, resignifican los existentes y también los disputan frente a los otros actores que también hacen uso del espacio. De este modo, los niños son “sujetos activos en la producción de sentido sobre su realidad circundante, y en esa producción cognitiva también disputan los sentidos culturales de los diversos objetos sociales” (Shabel, 2019: 97), en este caso, en torno al espacio público del barrio, a la vez que lo construyen junto con los otros actores que allí se encuentran.

También acá aparece la experiencia como guía de las cosas que gustan y no, y, sobre todo, las cosas que se querrían transformar del barrio. Ramona, otra de las niñas, habló de los autos y las formas en las que podrían dejar de ser un problema:

Ramona (13): Viste que hay otras calles que son muy angostas, que sean más anchas, para que puedan andar bien las bicis, porque a veces pasan por autos y las bicis se tienen que correr para andar.

Hebe: ¿Vos andas en bici por acá?

Ramona: Si, mucho.

(Registro, diciembre 2020)

En este caso, no está vinculado a juegos específicamente, pero sí a las formas en las que Ramona se mueve por el barrio –usando la bici– y cómo estas entran en conflicto con los autos. Es decir, aparece también una tensión en torno a los usos del espacio, vinculado más específicamente con las formas de movilidad en el barrio. Claro, las bicicletas no son de uso exclusivo de los niños, sino que también hay adultos que las usan, pero los autos sí son un medio de transporte mayoritariamente adulto. Sin embargo, queremos aclarar en este punto que no se trata de establecer una relación lineal entre generación, formas de habitar y propuestas para modificaciones barriales, sino de dar cuenta de los sentidos construidos por los niños acerca de su barrio, en función de “explicar las perspectivas y experiencias de los niños y niñas dentro de las tramas de la vida social” (Szulc, 2019: 61).

Podemos decir que lo que sucede o deja de suceder en el barrio no les da igual a los niños, sino que, muy por el contrario, ellos construyen alternativas posibles a los modos en los que se organiza la dinámica barrial. Más allá de la posibilidad de realización o no de estas alternativas, en ellas podemos ver cómo los niños se hacen parte de la construcción de la vida en común (Rabello de Castro, 2007). A la vez, esta participación de las dinámicas comunitarias se configura de forma cotidiana, por medio de su transitar, habitar y experimentar el barrio, y emerge no sin generar tensiones y conflictos, propios del encuentro en el espacio público (Delgado, 2011). Así, también, desarrollan una crítica a las lógicas adultocéntricas, que les dejan por fuera de la posibilidad de, en conjunto con los adultos, planificar el barrio (Duarte Quapper, 2012).

Los niños de la villa construyen su barrio a partir de esas construcciones simbólicas que tienen la ciudad, a partir de sus propias experiencias, pero también de relatos de otros e incluso, de imaginarios construidos colectivamente. Y a su vez, sobre estos imaginarios se imprimen otros elementos propios de edificaciones del sentido común respecto de lo que es (o no es) una ciudad. Los niños al hacer propuestas para el barrio proyectan sus deseos e imaginarios sobre el mismo, y de ese modo, también lo producen de una determinada forma, haciéndolo maleable. Así aparece la ciudad del deseo (Borja, 1990), aquella ciudad querida y soñada por los niños por medio de imaginarios simbólicos que también forman parte de la construcción de la ciudadanía, dado que el derecho a la ciudad también es el derecho a construcción afectiva hacia ella (Sans y Gil, 2020).

Las respuestas de los niños, además de dar cuenta de un reconocimiento de ciertas marcas de urbanización propias de una buena parte de la trama urbana de la ciudad y de un deseo porque estén presentes en el barrio, también muestran cómo estas propuestas se configuran a partir de sus experiencias habitando la villa. Hay una serie de marcas de urbanización que están presentes en buena parte de la trama urbana de la Ciudad de Buenos Aires que no lo están en

la 31, así como tampoco en otras villas del territorio porteño o lugares donde hay autoconstrucción de vivienda. Algunas de estas son recuperadas por Bauti, como las sendas peatonales -que nunca registré que hubiera en el barrio, dado que no hay veredas, pierden su sentido- o los semáforos, que hay muy pocos y en su mayoría están en la zona de las nuevas viviendas YPF, aunque nadie los respeta demasiado.

Una de las cosas más comunes que suceden en las villas porteñas es su aislamiento del resto de la ciudad, y si bien esta separación está dada por múltiples razones que van más allá de la infraestructura urbana, la falta de conexiones que habiliten la movilidad también construye esta separación. La 31 no forma parte del recorrido de los colectivos, no sólo porque las calles no son lo suficientemente anchas como para que puedan entrar al barrio, sino porque tampoco pasan por las calles que lo rodean, y, de hecho, todos los vecinos del barrio tienen que caminar hasta las terminales de colectivo que están en Retiro. Esto profundiza, en términos tanto materiales como simbólicos, la noción de la villa como margen (Canelo, 2016), hecho que se ve acrecentado en el caso específico de la villa 31 porque a diferencia de otros barrios populares de la ciudad, efectivamente se encuentra más alejada de la trama urbana.

Las relaciones sociales componen el espacio social, el cual a su vez se imprime de forma más o menos difusa en el espacio material, a la vez que se ve configurado por este (Bourdieu, 1993). Tanto Bauti como Paola hacen referencia a esas marcas de urbanización que no están en el barrio pero que sí hay en otras zonas de la ciudad. Paola también habla sobre los estacionamientos, otro elemento que como hemos mencionado antes, no está en la villa, o al menos, no como sí existen por fuera de los límites del barrio. En este sentido, si bien lo hacen en relación con una disputa por el uso del espacio público del barrio que se desprende de las tensiones que emergen en torno a sus formas de habitar el barrio y las de otros sujetos - fundamentalmente, quienes usan autos-, los niños traen elementos que forman parte de zonas integradas a la trama urbana de la ciudad. En este sentido, lo que expresan que les gustaría que suceda en el barrio no se vincula únicamente con dinámicas internas de la villa, sino que están intrínsecamente vinculadas con relaciones sociales que exceden los límites del barrio: los niños se refieren, también, a la relación del barrio con la ciudad y la producción de ciudadanía que de allí se desprende.

4. “Para que los demás no vayan tan lejos”. Disputas ciudadanas.

A lo largo de la investigación permanecemos con los niños siempre adentro del barrio. Allí pudimos observar sus movilizaciones hacia aquellos lugares próximos que formaban parte de sus circuitos cotidianos, e identificar algunos espacios relevantes para ellos dentro del barrio, vinculados a las prácticas lúdicas. Además, pudimos conversar con ellos sobre espacios y lugares que no están en el barrio pero que les resultan significativos, porque los frecuentan cotidianamente.

La vida de los niños de la 31 transcurre mayoritariamente dentro de los límites del barrio, ya que allí viven sus vidas cotidianas, satisfacen sus necesidades de primer orden, se ven con sus amigos y asisten a espacios barriales –al igual que las de los adultos–. Sin embargo, sus recorridos no se reducen a los límites de la villa. Suelen visitar otros lugares de la ciudad para ir a la escuela o tener salidas recreativas con sus familias o con los espacios comunitarios de los que participan, como AulaVereda Villa 31. También, muchos tienen familias en diferentes zonas de la provincia de Buenos Aires, a las que visitan de forma más o menos regular, y a su vez también conocen algunos espacios específicos de la ciudad, como por ejemplo el Once, al que van con sus familias.

Nadie vive toda su vida en un mismo barrio sin salir de este, sino que los sujetos recorren la ciudad y se mueven por ella, por lo que resulta necesario explicitar que con los niños de la villa 31 sucede lo mismo, y que los semáforos, las sendas peatonales y los estacionamientos aparecen en sus discursos porque ellos los utilizan frecuentemente, solo que no cuando transitan la villa. Y que esos elementos no estén en la 31 no es un fenómeno que esté naturalizado por ellos, sino que en sus propuestas hacen alusión a un deseo porque formen parte del paisaje del barrio, pero en vinculación a dinámicas propias del territorio, en función de ellas y de su propia experiencia de vida en el barrio.

Entonces, hay ciertas propuestas, elaboraciones y expresiones de deseo que los niños tienen respecto del barrio que también surgen de una disputa por el espacio, de una tensión y un conflicto, pero ya no con sujetos que también habitan la 31. Sino que son tensiones que, a nuestro parecer, exceden a las propias dinámicas barriales (aunque no están completamente separadas de estas) para relacionarse con otro actor. Puntualmente, estamos pensando en el Estado, ya que si bien existen otros –como agentes inmobiliarios, o empresas privadas– entendemos que el accionar en la villa de estos últimos se encuentra vinculado a lo que haga o no el aparato estatal.

“Acá no pueden pasar colectivos, porque hay calles muy chicas. Haría más grandes para que pasen los colectivos. Ferrocarriles no, de esos pasaban en 2007, había rieles acá. Sacaría toda la basura que hay. También que haya edificios y departamentos. Y casas. Bueno, casas hay. Y supermercados, para que no haya que caminar tanto.”

(Bauti, 13 años, diciembre 2020).

Estas tensiones ciudadanas existen porque los niños efectivamente recorren otras zonas de la ciudad y establecen una relación con ellas, que les permiten problematizar el propio espacio en el que viven. En esta conversación que tuvimos con Bauti a finales del 2020, se expresa su deseo de que haya ciertas transformaciones en el barrio que no se desprenden de conflictos entre actores que viven en allí (como sí sucede en las situaciones analizadas en el apartado

anterior), sino que son de otro orden, se vinculan con un deseo de transformar elementos del territorio que nos llevan a problematizar la relación del barrio con el resto de la ciudad.

Las paradas de transporte público más cercanas al barrio se encuentran en los alrededores de las terminales de trenes que están en Retiro. Allí hay una diversa y variada gama de opciones de transporte, que parten hacia diferentes lugares de la ciudad y la provincia: los trenes Mitre, San Martín y Belgrano Norte, las líneas C y E de subte y múltiples líneas de colectivos que se acumulan sobre la calle Ramos Mejía, donde los colectivos se abren paso entre los mares de trabajadores yendo y volviendo a sus casas y los puestos de comida, que a veces están sobre las calles, cuando hay alguna obra en la vereda -cosa que es usual-. Podemos afirmar que Retiro es una zona que está bien conectada con el resto de la ciudad y algunos de sus alrededores.

Sin embargo, entre las casas de los niños de estos barrios de la villa y esa zona de transbordos hay entre quince y veinte cuadras, que deben caminar casi cotidianamente para llegar a esas paradas. Si bien el camino que recorren puede variar, ya que el barrio tiene diferentes salidas, uno de los caminos más usuales implica cruzar las calles que usan los colectivos de larga distancia –de dos pisos– para entrar y salir de la terminal. Esto tiene su nivel de riesgo, si bien el hecho de hacerlo constantemente hace que estén acostumbrados, tanto niños como adultos del barrio, como así también quienes manejan esos colectivos. Los únicos colectivos que sí llegan cerca del barrio son los colectivos escolares, que algunos niños usan para llegar a sus colegios, los cuales quedan en su mayoría cerca de la villa.

Así, la nula conexión entre el barrio y los recorridos de los colectivos es algo que los niños viven día a día, incluso pudiendo contrastar cómo es no tener que caminar hasta las paradas cuando pueden tomar el micro escolar, ya que no todos lo hacen, algunos van en colectivo o a veces taxi a sus escuelas. Si bien el colectivo escolar no para muy cerca de sus casas, al menos lo hace dentro del barrio, en una calle recientemente hecha nueva como parte del proceso de urbanización y el traslado del Ministerio de Educación allí.

Así, vuelve a aparecer la ciudad del deseo, y las proyecciones que los niños construyen sobre su barrio, sus anhelos y fantasías en torno a aquello que quieren que suceda allí. Estos deseos están vinculados, por un lado, con sus experiencias como niños en el barrio, como hemos desarrollado en el apartado anterior, y con las tensiones y disputas que emergen con otros actores que también viven allí. Es decir, los niños construyen deseos de ciudad en relación con esos conflictos barriales, y a su posición generacional dentro de ellos. Pero por el otro, también están vinculados a sus experiencias como niños del barrio, es decir, como sujetos que tienen una posición habitacional y de vinculación con la ciudad –y podríamos sumar, con la tenencia de la tierra en tanto experiencia social–, particular y atravesada por vivir en una villa. Estas propuestas, deseos y proyecciones interpelan a actores que no viven allí pero que lo intervienen, fundamentalmente el Estado, como desarrollaremos a continuación. Esas experiencias, a su vez,

están cargadas de afectos y emociones, que también son guía de los deseos de regular el espacio público y sus dinámicas.

El Estado es uno de los principales protagonistas de la producción de ciudad, puesto que opera en la construcción del orden socio espacial (Waqquant y Mayer, 2007). De hecho, en la 31 constantemente interviene el paisaje del barrio de diferentes maneras. Desde la presencia policial que tiene un carácter cotidiano en las calles de la villa, pasando por mucha cartelería del GCBA que anuncia diversas obras que se hicieron o harán: “¡Ya tenemos canchas de fútbol! Seguimos trabajando para mejorar tu barrio”, hasta la construcción de las viviendas YPF, como nos las han nombrado, en el barrio que lleva ese nombre, las cuales son producto del proceso de urbanización que tuvo inicio en el 2009 (Ons, 2018). Inclusive, con la construcción de esas viviendas también se construyó el edificio del Ministerio de Educación del GCBA allí, una marca estatal como pocas en las calles del barrio.

De este modo, la modificación de la estructura del barrio para que puedan pasar los colectivos y que así quienes allí viven no tengan que caminar tantas cuadras para llegar a las paradas, depende en su totalidad de que el Estado ponga en marcha una serie de actores para que sean realizadas. En el caso puntual de la Ciudad de Buenos Aires, esta responsabilidad corresponde al GCBA a través de la Secretaría de Integración Social y Urbana, que a partir de su creación durante el segundo mandato de Mauricio Macri (de la mano del PRO) fue la principal encargada de llevar adelante los procesos de urbanización de villas en el territorio porteño (Brikman, 2016).

Así, cuando Bauti expresa que quiere que abran las calles y entren colectivos, o cuando habla negativamente de la cantidad de basura del barrio, está dialogando con estos otros actores que intervienen allí. Partiendo de una concepción de lo político en un sentido amplio, entendiéndolo como el ejercicio de la construcción lo común y la organización de la comunidad (Batallán y Campanini, 2012) concebimos que por medio de expresar sus opiniones respecto de su barrio les niños están realizando propuestas acerca de cómo les gustaría que esté organizada la villa, y cómo les gustaría que fuera.

En este sentido, si bien desde el aparato estatal no se habla específicamente de políticas urbanas de infancia en relación con la villa y su proceso de urbanización, sostenemos que la política urbana necesariamente impacta en las experiencias habitacionales, barriales y espaciales infantiles. Por lo tanto, si bien no lo hace explícitamente, el Estado siempre está en diálogo con los niños que viven los territorios en los que interviene, por acción u omisión. Las políticas públicas son transversales a todas las identidades políticas que se construyen desde los Estados, y en este sentido, más allá de cuál sea su sujeto explícito, tienen impactos, más o menos profundamente, en otras identidades (Pires, Falcão y Da Silva, 2014). Dicen estos autores, al analizar las formas niños se vinculan con el Programa Bolsa Familia en Brasil: “la participación de los niños en esta investigación se presenta como un indicador de la necesidad

de percibir el proceso de formulación-implementación-evaluación de las políticas públicas de forma transversal e intergeneracional, ampliando así sus impactos positivos, y mejorándolas” (Pires, Falcão y Da Silva, 2014: 145, traducción propia).

Así, los niños son sujetos interpelados por las prácticas estatales, pero no de un modo pasivo, en donde ellos sólo se ven afectados, sino que dialogan con ellas, las ponen en cuestión. Cuando Bauti dice que le gustaría que no haya tanta basura en el barrio, está interpelando esas políticas que hacen que, por ejemplo, no entren camiones de basura, o no haya más containers y tachos en el barrio. Es una interpelación al Estado desde la experiencia cotidiana de esas políticas, dando cuenta de la transversalidad de la política pública, en este caso, urbana. De este modo, siguiendo a Canelo (2016) quien, trabajando con población migrante, propone que existe un “amplio abanico de acciones y omisiones estatales que no toman a los procesos migratorios como objeto explícito de actuación, pero que afectan profunda y distintivamente a la población extranjera” (2016: 126), podemos afirmar que algo similar sucede con la infancia. Las políticas urbanas –o la falta de ellas– aunque no interpelen explícitamente a los niños que habitan un determinado lugar, los afectan y modifican sus modos de vida.

Por otra parte, estas propuestas, como las analizadas previamente, surgen de las experiencias concretas de los niños en su barrio –en interacción con otros actores que también intervienen en la construcción de estos imaginarios acerca de lo deseable para el barrio–. Y podemos arrojar como reflexión sobre ellas que cuentan con cierta especificidad de generación de quienes las formulan (es decir, niños), y que a ello se le suma una especificidad habitacional, vinculada al lugar en donde viven. Los niños, nunca dejando de ser niños y construyendo sentidos desde ese lugar, también construyendo estas ideas desde su lugar de habitantes de la 31, pensando en problemáticas que les atraviesan a ellos, pero también, por ejemplo, a los adultos que no tienen auto y también deben caminar hasta las paradas de colectivos. Bauti no fue el único que al hablar acerca de las cosas que le gustaría transformar del barrio se posicionó desde ese lugar:

“Quiero que pongan una McDonnals acá cerca, para que los demás no vayan lejos. Y que pongan una pizzería, de esas grandes. y una piletta gratis, para que los demás entren y se diviertan”

(Paola, 12 años, diciembre 2020)

En esta afirmación Paola propone cosas que responden a una dimensión lúdica, de recreación y esparcimiento que ella encuentra deseable dentro del barrio. En el caso del McDonnals y una pizzería, esta dimensión lúdica también se encuentra asociada a una práctica de consumo, hecho que no es poco usual entre los niños contemporáneos (Carli, 1999, Rabello de Castro, 2002). Nuevamente, aparecen elementos vinculados a las distancias que hay que recorrer para llegar a los lugares: “para que los demás no vayan tan lejos”. Recientemente –en el 2019– abrieron un McDonnals en el barrio, cerca del Ministerio de Educación, apertura a la que asistió,

de hecho, el jefe de gobierno porteño Horacio Rodríguez Larreta (ANRED, 2019), dando cuenta de los lazos existentes entre las prácticas estatales y los emprendimientos privados en relación con la territorialidad de la 31. Si bien mi conversación con Paola fue posterior a dicha apertura, consideramos que su comentario tiene que ver con el hecho de que el McDonnals sigue quedando relativamente alejado de sus casas, en una zona que, además y como hemos ya expresado, se encuentra diferenciada del barrio.

Tanto el deseo de Paola de que haya un McDonnals como el que haya una pizzería, que, de hecho, las hay, porque si hay algo no falta en la villa 31 son locales gastronómicos de todo tipo y sabor, pero lo que no hay es una pizzería de cadena, que es a lo que sospechamos, se refería Paola. A nuestro parecer, vuelven sobre el deseo de una cercanía con ciertos elementos (junto con las prácticas que habilitan) que forman parte de la ciudad pero que no se encuentran presentes en la villa. En relación con la pileta gratis, llama la atención que se trata de un lugar para la recreación y el disfrute, pero que es diferente a la calle. Así, podemos arrojar que, dado que mayoritariamente hay canchas –acaparadas muchas veces por varones– o plazas con juegos –para niños de menor edad, la pileta gratis vendría a ser una propuesta que Paola realiza desde su identificación de género en la villa, así como también su edad. La pileta gratis fue nombrada por otra niña además de Paola (“También me gustaría una pileta gratis, como dijo Pao”, Ramona, 13) y también surgió como propuesta de transformaciones en el barrio una huerta, por parte de Male (13).

Sospechamos que hay una serie de imaginarios colectivos acerca de qué es lo deseable para el barrio entre los niños, que construyen en interacción con otros actores del barrio: sus familias, vecinos, organizaciones sociales con las que se vinculan, como AV Villa 31. Rockwell (2011) propone que los niños, en un proceso dialéctico y continuo, se apropian de los sentidos y significados que existen en su entorno pero que a la vez los transforman, reapropiándose así de las experiencias y construyendo formas propias (más no aisladas del resto) de comprender sus vidas.

5. Conclusiones

Al considerar el terreno de lo político como un proceso de construcción de lo común y organización de la comunidad en la que se vive (Batallán y Campanini, 2008) podemos ir más allá de una noción restringida de la política en donde la participación está asociada a mecanismos establecidos formalmente en instituciones, y así dar lugar a nuevas formas de pensar la participación política y también los procesos de construcción de ciudadanía (Rodríguez Bustamente, 2020), entablando diálogos posibles con otras formas de concebir la participación. De este modo, consideramos que las propuestas que los niños elaboran para con su barrio, las cuales surgen –como hemos establecido– a partir de sus experiencias etarias y de sus experiencias como habitantes del barrio, en articulación con sus encuentros con otras personas,

son una forma de participación política en tanto indican un interés por esa construcción común. Si bien son de diferente orden, ambas propuestas coinciden en que apuntan a modificaciones del espacio público barrial que constituye ese bien común, ese terreno de lo político.

En este sentido, desde los estudios de ciudadanía se vienen criticando las nociones formalistas de esta –las cuales plantean que la ciudadanía consiste en una serie de derechos que les individuos poseen o no poseen–, para proponer un análisis en torno a la ciudadanía como práctica y, por ende, como proceso (Thomasz y Girola, 2016; Garibotti, Girola y Boroccioni, 2017). A la vez, el ejercicio de la ciudadanía puede ser comprendido en tanto interpelación a los sujetos para sentirse involucrados dentro de una comunidad y dispuestos a participar de esta, en interacción con otros (Rabello de Castro, 2008). Partiendo de esta base, podríamos concluir que las prácticas de los niños en el espacio público del barrio conforman la base de una forma de participación política en tanto interés por la vida común, a la vez que también se constituyen en una forma de construcción de ciudadanía. Es así como desde esta perspectiva es posible interpelar la categoría de ciudadanía y de procesos de ciudadanización, en un doble movimiento. Por un lado, poder pensar las prácticas infantiles en el espacio urbano desde esta categoría y así iluminar ciertos focos problemáticos de la relación entre la participación política de los niños y el Estado. Por el otro, que las prácticas de los niños sirvan para pensar otras formas de ciudadanía posibles, ensanchando esa categoría.

Es a partir de sus experiencias cotidianas como niños y también como habitantes del barrio (es decir, en la intersección de estos dos ejes identitarios), en interacción con los imaginarios barriales acerca de lo deseable de otros actores que los niños construyen propuestas de transformación urbana. Es decir, que los niños no inventan de la nada sus propuestas para su territorio, pero tampoco las reciben pasivamente de otros, sino que es una reapropiación constante de sentidos existentes y sentidos construidos por ellos. Sumado a esto, resulta importante traer la noción de la ciudad del deseo, aquella ciudad fantaseada y deseada por los sujetos, imaginada a partir de las experiencias urbanas, así como también de los afectos que allí se construyen. Los niños construyen proyecciones sobre esa ciudad posible que imaginan y sueñan, que se plasman en estas propuestas que traemos al análisis. Son expresiones del deseo de los niños de transformar su barrio, de tener incidencia en esas formas de organización y poder participar de sus procesos. Querríamos expresar que la capacidad de poder soñar otras formas de ciudad también hace a las prácticas ciudadanas y de participación con las que contamos quienes vivimos en espacios urbanos. De este modo, podemos afirmar que los niños son también planificadores urbanos de su barrio.

Sumado a esto, nos gustaría resaltar que en toda la política –sea urbana o no– que despliegue el Estado hay un mensaje hacia la infancia, y de este modo dialoga con ella, aunque este mensaje no sea explícito. En este sentido, los deseos de los niños de otras formas de barrio también dialogan con el Estado. Los niños –como otros sujetos urbanos, por ejemplo, las

mujeres– han estado históricamente invisibilizadas tanto en la política pública como en la producción teórica y académica en torno a la ciudad. Es de nuestro interés también dar cuenta de la necesidad de incluir, entonces, la perspectiva de los niños en las propuestas de producción de ciudad de las políticas estatales, así como también pensar en torno a los modos en que las transformaciones urbanas impactan en la vida cotidiana de los niños, aunque estos no sean los principales sujetos a quienes están dirigidas. También querríamos enfatizar que las experiencias infantiles nunca son sólo infantiles, sino que están atravesadas por múltiples desigualdades que las moldean: económicas, de género, de raza, de condiciones habitacionales. Los niños de la villa 31, en sus propuestas y deseos para el barrio, dan cuenta de esta complejidad desde donde aquellos se formulan. Es así como podemos afirmar, con otros autores previamente a nosotros, que los niños son efectivamente parte activa y presente de la vida social, y que no viven en un mundo infantil aparte.

6. Bibliografía

Barna, A. (2012) Convención Internacional de los Derechos del Niño. Hacia un abordaje desacralizador. *Kairós. Revista de Temas Sociales*, año 16, n° 29.

Batallán, G. y Campanini, S. (2008). La participación política de niños y jóvenes-adolescentes. *Cuadernos de Antropología Social* 28, 85-106.

Borja, J. (1990). La ciudad del deseo. Pasajes: *Revista de pensamiento contemporáneo*, 3, 83-86

Bourdieu, P. (1993). *La miseria del mundo*. Traficantes de Sueños.

Brikman, D. (2016). ¿Gestión social de Hábitat? La política del PRO en las Villas de CABA, 2011-2015. *QUID*16, 6, 1-26.

Canelo, B. (2016). Migración y políticas públicas desde el margen. Acciones y omisiones estatales en un parque de la Ciudad de Buenos Aires. *Migraciones internacionales*, 8(3), 125-153.

Carli, S. (1999). La infancia como construcción social. S. Carli (comp.) *De la familia a la escuela. Infancia, socialización y subjetividad*. Buenos Aires: Santillana.

Chait, L. (2019). Bajo los adoquines, la playa. Procesos educativos para la participación política de niños y niñas en el proyecto de reurbanización y radicación definitiva para la Villa 31 de Retiro, Ciudad de Buenos Aires. Tesis de Maestría de la Universidad de Barcelona.

Colangelo, A. (2003). La mirada antropológica sobre la infancia. Mesa “Infancias y juventudes. Pedagogía y formación. Seminario Internacional “La Formación Docente entre el s. XIX y el s. XXI”, Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación – OEI, Buenos Aires.

Delgado, M. (2011). *El espacio público como ideología*. Madrid: Los libros de la Catarata.

Duarte Quapper, C. (2012). Sociedades adultocéntricas: sobre sus orígenes y reproducción. *Última década*, 20(36), 99-125

- García Palacios, M. y Hecht, A. C. (2009). Los niños como interlocutores en la investigación antropológica. Consideraciones a partir de un taller de memorias con niños y niñas indígenas. *Tellus*, 17(9), 163-186.
- Garibotti, M. B., Girola, M. F. y Boroccioni, L. (2017). Ciudadanía y hábitat en la ciudad de Buenos Aires desde una perspectiva etnográfica. *Revista Vivienda y Ciudad*, 4, 7-20.
- Girola, M. F., & Thomasz, A. G. (2013). Del “derecho a la vivienda” al “derecho a la cultura”: reflexiones sobre la constitución del “derecho a la ciudad” en Buenos Aires desde una perspectiva etnográfica. *Anuário Antropológico*, (II), 131-163.
- Isacovich, P. y Grinberg, J. (Comp.) (2020). *Infancias y Juventudes y 30 años de La Convención sobre los Derechos del Niño. Políticas, normativas y prácticas en tensión*. Edunpaz
- Liebel, M. (2016). ¿Niños sin Niñez? Contra la conquista poscolonial de las infancias del Sur global. *Millcayac-Revista Digital de Ciencias Sociales*, 3(5), 245-272.
- Marcús, J. (2014). Vos (no) sos bienvenido. El control y la regulación del espacio urbano en la Ciudad de Buenos Aires, *Scripta Nova*, XVIII, (493), 15.
- Milstein, D. (2006). Y los niños, ¿por qué no? “Algunas reflexiones sobre un trabajo de campo con niños, *Revista Avá*. 9, 49-59
- Ons, M. (2018). La ley de urbanización de la Villa 31-31bis en la Ciudad de Buenos Aires. El debate parlamentario y público en torno a su sanción y aplicación (2007-2015). *Quid 16: Revista del Área de Estudios Urbanos*, (9), 184-196.
- Padawer, A y Enriz, N. (2009). Experiencias formativas en la infancia rural mbyá guaraní. *Ava*. 15, 315 -332.
- Pires, F. Falcão, C.R, y da Silva. A.L. (2014). O bolsa família é direito das crianças: participação social infantil no semiárido nordestino. *Teoria & Sociedade*, 22(1), 141-167.
- Rabello de Castro, L. (2002). A infância e seus destinos no contemporâneo. *Psicologia em Revista*, 8(11), 47-58.
- Rabello de Castro, L. (2007). A politização (necessária) do campo da infância e da adolescência. *Revista Psicologia Política*, 7(14).
- Rabello de Castro, L. (2008). Participação política e juventude: do mal-estar à responsabilização frente ao destino comum. *Revista de Sociologia e Política*, 16(30), 253-268.
- Rockwell, E. (2011). Los niños en los intersticios de la cotidianeidad escolar: ¿resistencia, apropiación o subversión? En: Batallán, G., Neufeld, M. R, (Coords). *Discusiones sobre infancia y adolescencia. Niños y jóvenes, dentro y fuera de la escuela*. Buenos Aires: Biblos.
- Rockwell, E. (2009). *La experiencia etnográfica. Historia y cultura en los procesos educativos*. Buenos Aires: Paidós.
- Rodríguez Bustamante, L. (2020). Participación de los/as niños/as y democratización en la escuela: apertura y limitaciones. *RUNA, archivo para las ciencias del hombre*, 41(1), 183-198.
- Shabel, P. (2018). “Estamos luchando por lo nuestro”. Construcciones de conocimiento sobre la política de niños y niñas en organizaciones sociales. (Tesis de Doctorado). Universidad de Buenos Aires.

Shabel, P. (2019). "Una reunión de niños". Construcciones de conocimiento infantil sobre la política en un movimiento social. Cuadernos de antropología social, 49(1), 163-178.

Szulc, A. y Enriz, N. (2016). La política, las calles y la niñez indígena en Argentina. Cadernos de campo, (25), 200-221.

Szulc, A. (2006) "Antropología y Niñez: de la omisión a las 'culturas infantiles'". En: Wilde, Guillermo y Pablo Schamber (eds.) Cultura, comunidades y procesos contemporáneos. Buenos Aires: Editorial SB.

Szulc, A. (2019). Más allá de la agencia y las culturas infantiles. Reflexiones a partir de una investigación etnográfica con niños y niñas mapuche. Runa. Archivo para las ciencias. 40(1), 53-64.

Thomasz, G. y Girola, F. (2016). Una exploración antropológica sobre la problemática de la ciudadanía en el conjunto habitacional de Piedrabuena (Ciudad de Buenos Aires, Argentina). Revista de Antropología del Museo de Entre Ríos, 2(1), 46-61.

Wacquant, L. J. y Mayer, M. (2007). *Los condenados de la ciudad: Gueto, periferias y Estado*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.

Zenobi, D. (2012). La politización del movimiento cromañón entre los "modelos caseros" y los "modelos del observador", Revista Avá, 12, 107-125